

que, incendiada algun tiempo despues la ciudad de Hipona, se conservó esta Biblioteca enmedio de las llamas y de los bárbaros Arrianos. Señalan la muerte de San Agustin en 28 de Agosto de 430. Habia vivido 76 años, y servido á la Iglesia casi 40 en calidad de Obispo ó de Presbítero.

XIX. Sus obras, y principalmente *la ciudad de Dios*, y las que hizo en favor de la gracia de Jesuchristo, le han adquirido una gloria inmortal. En ellas se ve la basta extension de su ingenio, mucha exâctitud y penetracion, con una fuerza y energia admirables. La mejor edicion es la de los Benedictinos, en 10 tomos en folio.

XX. En el primer tomo se hallan dos libros de retractaciones, que son una especie de crítica de aquellas obras suyas que revisó antes de morir en 425; 13 libros de confesiones; estos son una pintura de su vida, escrita por los años de 400.

XXI. En el tomo segundo hay 270 cartas repartidas en quatro clases, desde la conversion de San Agustin, hasta su ordenacion; desde su ordenacion, hasta la heregia de Pelagio; las otras hasta el fin de su vida; y la quarta clase contiene las que son de data desconocida. El tomo tercero contiene los tratados de la Escritura. El tomo 4.º comprehende la explicacion de los Salmos. Es una coleccion de Sermones ó de instrucciones tomadas de los Salmos, los que siempre explica en sentido espiritual y moral.

El tomo 5.º contiene los sermones, y son 183, sobre muchos lugares del antiguo y nuevo Testamento.

El tomo 6.º incluye las obras dogmáticas.

El tomo 7.º comprehende los 22 de la ciudad de Dios; Habla de las dos ciudades, la de Dios, y la del mundo.

El tomo 8.º consta de los escritos contra los Hereges.

En el 9.º estan los tratados contra los Donatistas. Y en el 10.º sus escritos contra los Pelagianos.

ARTÍCULO II.

§. I.

Analisis de las obras de San Agustin.

- | | |
|--|--|
| I. Analisis de los libros de sus confesiones, y de cada uno en particular. | XII. La carta 22 á Aurelio de Cartago. |
| II. Del libro de la vida feliz. | XIII. La 23 escrita á Maximino. |
| III. Los libros del orden. | XIV. Cartas 24 y 25 de San Paulino, y la 26 de San Agustin á Licencio. |
| IV. Tratado de la inmortalidad del alma. | XV. La 28 escrita á San Gerónimo. |
| V. Tratado de la cantidad del alma. | XVI. Cartas de la segunda clase. La 36 á Casulano. |
| VI. Los libros de la música, lógica; &c. | XVII. Las cartas 37 y 38 á Simpliciano, y á Profuturo. |
| VII. El libro del Maestro. | XVIII. La 46 á Publicola. |
| VIII. Libros del libre albedrio, y los del Genesis contra los Maniqueos. | XIX. La 49 á Honorato. |
| IX. Los dos libros de las costumbres de la Iglesia Católica. | XX. La 54 y 55 á Januario, respondiendo á varias questões. |
| X. Libro de la verdadera Religion, y la regla de San Agustin. | XXI. Carta á Pamaquio: la 58. |
| XI. Escritos pertenecientes al tomo segundo de las cartas de S. Agustin, y analisis de la carta á Valerio, que es la 21. | XXII. La Carta 80 á S. Paulino. |
| | XXIII. La 91 á una señora llamada Italica. |
| | XXIV. La 95 á Vincencio el Rogatista. |

I. El primer tomo de las obras de San Agustin incluye lo que escribió siendo aun jóven, y antes de ser Sacerdote. No obstante, han colocado en este tomo sus dos libros de las retractaciones, aunque los compuso al fin de su vida, como para servir de introduccion á las otras obras de este Santo, y los 13 libros de sus confesiones, publicados quando ya era Obispo, para que viese el lector desde luego la modestia y amor á la virtud de San Agustin, y despues su grande arrepentimiento por haberse extraviado por tan largo tiempo de los caminos de la salud.

II. Las retractaciones de San Agustin estan divididas en dos libros: el primero se emplea en la revision de los escritos que compuso antes de su Obispado, y aun de los que prece-

diéron á su bautismo : el segundo comprehende todo el resto de sus obras hasta el tiempo en que concluyó el que tiene por titulo : *de la correccion , y de la gracia*. Sobre cada obra va notando con cuidado lo que advierte digno de correccion , hasta las menores expresiones , explicando lo que parecia obscuro , y pudiera dar lugar á malas interpretaciones ; y condenando quanto hallaba en ellos contra la doctrina de la Iglesia , por haberlos escrito antes de estar bien instruido. Creyó que debia juzgarse á sí mismo de este modo en la presencia de Jesuchristo , para evitar el ser juzgado , sin reparar en el juicio que pudieran hacer de él los que tienen poco , y persuadido á que los prudentes no le reprehenderian por haberse condenado á sí propio.

Mas no debemos pensar que San Agustin en estos libros de sus retractaciones no hace otra cosa que retractar sus errores , ó corregir las faltas en que habia incurrido en sus escritos ; por lo comun no hace otra cosa que explicar su mismo pensamiento para que no abusasen los lectores de algunos términos menos claros : tal vez remite para la explicacion de algunos pasages de la Escritura á un tratado en el que habia dado mejor exposicion que en otro.

Su exâctitud es tanta , que va notando en cada obra con qué motivo la escribió , su titulo , la materia que en ella trata , de cuántos libros consta , por qué palabras empieza , y muchas veces en qué lugar se escribió : si fué quando era Obispo , ó quando era solo Sacerdote : si fué antes ó despues de su bautismo. Esto es lo que facilita mucho para distinguir sus verdaderos escritos de los supuestos.

Entre todas las obras de San Agustin ninguna ha sido mas bien recibida , ni ha corrido tanto por las manos de todos , como la de sus confesiones. Ninguna está mas llena de fuego de amor Divino , ni es mas propia para encenderle en los corazones. Esta , entre todos sus libros , es la que puede quitar al hombre mas facilmente el amor á las cosas vanas y pasageras

que el mundo nos ofrece. Al mismo tiempo se aprende en estos libros lo que hace por Dios un corazon penetrado de reconocimiento por las gracias recibidas. Porque San Agustin se representa como habia sido antes de recibir la gracia , y lo que era despues de haberla recibido. El fin que se propuso quando escribió sus confesiones , fué impedir que formasen mas noble opinion que la que él tenia de sí mismo , por lo que pudiesen haber oido de sus virtudes. Por lo qual , enviando sus confesiones al Conde Dario que se las habia pedido , le habla en estos términos : „Mírame bien en ese libro , y sabe lo que yo soy , si no me quierés alabar mas de lo que yo merezco. A mí , y á lo que digo de mí mismo en esa obra es á quien has de creer , y no á lo que dicen los otros. Considera despacio el retrato , y verás lo que yo era por mí mismo. Si al presente hallases alguna cosa que te agrade , alaba conmigo al que deseo que todos alaben por lo que ha hecho en mí. Por su gloria , y no por la mia he hablado de mí mismo. Por su gracia somos lo que somos : y por nosotros no habiamos hecho otra cosa , sino perdernos y desfigurarnos. En conociéndome , pues , en esta obra por lo que soy , ruega á Dios por mí , para que perfeccione lo que ha empezado , y no permita que yo lo deshaga.”

Las confesiones estan divididas en 13 libros : en el primero , despues de haber reconocido que el Señor nos crió para sí mismo , dice que nuestro corazon siempre está inquieto y perturbado hasta que halla su descanso en aquel Sér Supremo ; y asi le invoca para que venga á él. „¿Qué hay en mí , añade el Santo , adonde pueda venir Dios ; ó que hay en mí que pueda contenerle ? Sobre este punto explica como está Dios en todas partes , y cómo se podrá concebir su inmensidad , manifestando que entre todas las cosas que Dios llena , ninguna hay en donde no esté todo entero , sin que por eso le contengan ni circunscriban. De la naturaleza y de la grandeza de Dios da la idea mas magnifica que se puede formar.

Infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente justo; no hay hermosura que se pueda comparar con la suya; nada resiste á su fuerza, nada limita su poder; en todas partes está presente, pero en ninguna se ve; siempre es el mismo, y siempre se ofrece, para decirlo así, baxo la misma forma, al que le considera, sin poder llegar á comprehenderle. Siendo Dios el autor de todas las mutaciones que suceden en el mundo, él jamás se muda: incapaz de ser renovado, renueva todas las cosas. Siempre activo, y siempre en reposo; da á cada sér el incremento y la perfeccion. Ama sin pasion, es zeloso sin inquietud, se arrepiente sin culparse, se indigna sin conmocion, se mudan sus operaciones, pero nunca sus designios; pide ganancias de sus dones, pero sin ser avariento. Despues hace San Agustin á Dios una humilde confesion de sus miserias; y confuso de ver que tuvo Dios que mandar á los hombres que le amasen, le dice: „¿Quién soy yo para vos, oh Dios mio; y para que os dignéis de mandarme que os ame, y para que no podais sufrir que os falte á este amor, sin amenazarme con grandes miserias? ¿Acaso no es bien grande la de no amaros? Despues de esto empieza hablando de su nacimiento y de su infancia hasta los 15 años de su edad, descubriendo admirablemente lo que son los hombres los primeros años de la infancia, y haciendo advertir las maravillas de la bondad y providencia de Dios para con el hombre desde el principio de la vida, y en el curso de la infancia. Hace ver, que ni los niños estan esentos de la pasion; y que la corrupcion del hombre se descubre desde sus primeros años; de suerte, que se puede decir que solo por la falta de libertad hay inocencia en los niños; pero no por la disposicion de su corazon.” Uno he visto yo, dice, que aun no hablaba, y ya tenia tanta envidia contra otro á quien daba el pecho la misma ama, que se ponía palido, y miraba á aquel hermano de leche con ojos de odio y de ira.” De aqui pasa al tiempo en que la razon empieza á explicarse, y manifesta

la desgracia de los niños en estar pendientes de las falsas opiniones de los que los crian, y cuán vanas y frívolas son las razones que tienen la mayor parte de los padres para hacer estudiar á sus hijos. Reprehende el uso de enseñar fábulas á los niños, en vez de aplicarlos desde luego á aprender los primeros elementos de las letras, y dice: „Que la aversion que tienen los niños á las lenguas extranjeras, nace únicamente de la dificultad que hay en aprenderlas.” Reprehende particularmente la costumbre perniciosa de poner en mano de los jóvenes los libros de los poetas, estando tan llenos de las cosas que los pueden corromper: y esto con pretexto de que en estos libros se aprende el uso y la significacion de los términos, y se bebe aquella eloqüencia tan necesaria para explicar bien los pensamientos, y darse á entender á los otros.” ¿Por qué, dice, si Terencio no hubiera representado un joven vicioso que se anima á contentar su pasion con el exemplo de Júpiter, y con la vista de una pintura en que este Dios, baxo la figura de una lluvia de oro, que derramaba en el seno de Danae, halla medio para sorprehenderla, no hubieramos podido aprehender jamas el uso y significacion de los términos que usa este poeta en esta maldita descripcion? Ved como se supo aprovechar este joven de las lecciones de impureza que le daba con esta accion el que fingieron dueño del cielo. No se diga, pues, jamas, que no hay cosa mas propia que esta infame descripcion para enseñarnos el uso de los términos y voces de que se vale Terencio. Dígase que el uso que se hace de las voces para pintar tan vergonzosa accion, es la cosa mas propia que tiene el mundo para quitar el horror al mal.” Reprueba también San Agustin que se obligue á los jóvenes á explicar en prosa lo que Virgilio pone en boca de Juno, en el exceso de su dolor y de su ira, quando no podia impedir que el Rey de los Troyanos arribase á Italia. ¿No hay otros asuntos en que exercitar su entendimiento y su lengua? ¿No se hallan en las Santas Escrituras, en donde todo resuena alabanzas de Dios? ¿No seria razon

buscar allí con que exercitar la actividad, y fixar la inconstancia de su espíritu, en lugar de llenarle de quimeras? Habla despues San Agustin de los defectos ordinarios en los niños, y dice: » Que hasta sus diversiones y juegos descubren el fondo de incorrupcion y de injusticia, que despues se manifiesta con la edad, y concluye este libro diciendo: „Que el desarreglo que hay en nosotros, y el desórden que se descubre desde aquella edad, viene de nosotros mismos, y que solo en Dios podemos hallar nuestras delicias, nuestra gloria y confianza.

Empieza el segundo libro diciendo: » Que repasaba en su espíritu con amagura de su corazon los desórdenes de su juventud, para que con aquella triste memoria, le pareciesen mas dulces las inefables suavidades que hallaba en Dios. Los desórdenes de que aquí habla, son aquellos en que se arrojó á los 16 años de edad, en la que, desocupado y entregado á sí mismo sin que nadie refrenase el ímpetu infeliz que le arrastraba, no puso límites á sus pasiones. No obstante, reconoce, que abandonando de este modo á Dios, no evitó del todo sus castigos: y que en medio de los placeres delinquentes á que se abandonaba, siempre estaba Dios sobre él con la vara en la mano; pero era una vara de misericordia por las amarguras que derramaba en sus mismos desórdenes para obligarle á buscar placeres puros y sin mezcla. Atribuye sus culpas en parte á la condescendencia de sus padres para con él, que era tanta, que tenia la puerta abierta para todo aquello á que pudiera aspirar el ardor de sus pasiones. Se juzga á sí mismo con mucha severidad sobre un hurto que hizo de noche con sus compañeros, diciendo: que hurtaba con ellos frutas, solo por el placer de robar, y no pretendiendo otra cosa que el mal que cometia en tomarlas. Con esta ocasión hace ver que en todos los vicios siempre hay alguna apariencia de bien, que nos engaña, aunque no sea sino el ayre de independenciam y libertad en hacer las cosas prohibidas. Confiesa tambien que se abandonó á este hurto por el gusto particular del delito con los

cómplices de dicha accion: de donde infiere, que las amistades y compañías que forman entre sí los jóvenes, no producen otros efectos que el pervertirse los unos á los otros, y causar un trastorno á la razon que no se puede creer. Detesta todas las faltas en que habia caido, y reconoce que la gracia de Dios fué la que le impidió executar el mal que no habia hecho: convencido despues de que la verdadera felicidad solamente se halla en Dios, dice: A vos quiero yo, justicia eterna, inocencia soberana, hermosura divina, cuyas gracias son las delicias de los ojos castos, y cuya posesion llena el alma de un placer celestial, sin mezcla de disgusto: en vos, Señor, se halla la paz profunda, y la vida exenta de agitacion y turbulencia.”

En el tercer libro refiere lo que le sucedió en Cartago, en los años 17, 18 y 19 de su edad. » Entonces, dice, que su corazon, no sentia deseos algunos de aquel alimento incorruptible, y no provenia este disgusto por estar lleno, sino por estar demasiado vacio.” Entregándose, pues, con ardor á sus pasiones, puso todo su placer en amar y ser amado; y tuvo la desgracia de conseguir uno y otro. Al mismo tiempo tenia una extraordinaria pasion á los espectáculos del teatro, cuyas representaciones eran para él como un aceyte arrojado sobre el fuego del amor impuro, que le abrasaba, dice: » Que el motivo de gustar de los espectáculos es el tener el espíritu enfermo: lo que prueba con la experiencia que tenemos de que á proporcion de las pasiones, mas ó menos vivas del corazon, es el afecto á las representaciones del teatro. Reconoce que lo que le hizo caer en los errores y extravagancias de los Maniqueos fué principalmente la ignorancia en que se hallaba de la naturaleza del mal, y de la naturaleza de Dios y la ignorancia de la verdadera justicia, y del modo con que se conforma la inmutabilidad de Dios con la diversidad de las prácticas que ha ordenado en diversos tiempos: por no advertir que aquella justicia eterna no se quedó menos invariable por mas que

hayan variado sus órdenes, segun la diversidad de los tiempos, y que hay alguna diferencia esencial entre lo que es malo, por razon de las circunstancias, y lo que es intrinsecamente malo. Si hay algunas cosas que son justas ó injustas, segun ciertas circunstancias de tiempos y lugares, hay otras que son por sí mismas justas, y en qualquier tiempo y lugar que sea, no se pueden omitir sin injusticia: como es amar á Dios con todo el corazon, con todo el entendimiento, y con toda el alma, y al próximo como á sí mismo. Mas en aquello que solo es delito, por ser contrario á los usos y costumbres de algun pais ó pueblo, la regla que se debe seguir es, conformarse con el uso recibido, y practicado en los lugares en donde cada uno se halla.

En el libro quarto dice San Agustín, la confusion que le causaba haber pasado 9 años enteros en los errores de los Maniqueos, y haber infestado á otros; como tambien haber buscado con ansia el humo de la gloria popular, y las aclamaciones del teatro, disputando con los demás el premio de la poesía; haberse aplicado con tenacidad á una ciencia tan engañosa y vana, como es la astrologia judiciaria, y haberse excedido en el sentimiento que le causó la muerte de un amigo íntimo. Reconoce que no hay otra amistad verdadera, sino aquella que forma Dios entre los que le aman, y viven unidos con el lazo de aquella caridad, que el Espíritu Santo que se nos ha dado, derrama en nuestros corazones. Entra en las causas de la amistad de los hombres, y aconseja á los que no quieren perder sus amigos, que solamente los amen en Dios: "Porque tenemos seguridad, dice, de no perder á los que miramos con amor, si solamente los amamos en aquel que no se puede perder; ¿y quién es este sino Dios, y aquel Dios que hizo el cielo y la tierra?" Para empeñarse el mismo Santo en no aficionarse sino á Dios, mira al mundo y á todas las cosas, que en el pasan por todos los lados que nos pueden causar desprecio, queriendo que nada se ame, ni hermosura corporal, ni

belleza espiritual, sino en el mismo Dios, pues solamente en él y por él las almas y todas las criaturas son alguna cosa fixa y estable, y si el Señor no las sostuviera, perecerian y volverian á caer en la nada. Añade: "Que es una locura de los hombres buscar descanso en las criaturas, porque el verdadero reposo solo está en Dios, asi como en él consiste la bienaventuranza. Por esto clama Dios con una voz fuerte, y dice, que salgamos del lugar en donde estamos para subir á él, hasta aquella secreta luz en donde habita, y desde donde vino hasta nosotros, tomando en el seno virginal una carne mortal como la nuestra, para hacernos participantes de su inmortalidad." Confiesa San Agustín que por no haber conocido estas verdades, habia dexado á su corazon enamorarse de las criaturas perecederas.

El quinto libro contiene la historia de lo que le sucedió en el año 21 de su edad, quando reconociendo la ignorancia de Fausto el Maniqueo, en las conferencias que tuvo con él en Cartago, empezó á desengañarse de los errores de esta secta. Hace ver que son inseparables las inquietudes de un corazon entregado á la iniquidad, y que Dios sabe valerse de la misma malicia de los pecadores para cumplir sus decretos en ellos: que en vano huyen de Dios, pues nada de quanto ha hecho podrá evitar su justicia, y por una excelencia que le es particular, está presente á los mismos que huyen mas de él. "Conviértanse, pues, á vos, añade San Agustín, busquen vuestra hermosura, pues tan cerca estais de ellos, y nunca os retirais de vuestras criaturas, asi como ellas se retiran de vos. Quando vuelvan á vos y os vengán buscando, os hallarán en su mismo corazon. Porque estais, Señor, en el corazon de todos los que confiesan su miseria, y de los que despues de su extravio, cansados y oprimidos vienen á arrojarse por último á vuestros brazos, y á llorar en vuestro amoroso seno. Vuestra mano paternal les enjuga las lágrimas; pero siempre derraman mas y mas, y en esto ponen su placer y su contento; por-

que su mismo Criador cuida de consolarlos, y no los hombres formados de carne y sangre."

En el sexto libro nos enseña, que su madre que habia venido á buscarle á Milán, fué á presentarse al sepulco de los Santos con ofrendas de pan y vino, como se practicaba en Africa, y que el portero de la Iglesia no se las quiso admitir, diciendo, que lo habia prohibido S. Ambrosio, y que al oír esto se rindió con facilidad. Habla S. Agustin en el mismo libro de los grandes esfuerzos que hacia para descubrir la verdad, mas sin recurrir á la oracion, y de la temeridad con que habia condenado la doctrina de la Iglesia sin conocerla, y del modo con que esta doctrina empezó á parecerle mejor que la de los Maniqueos. " Aunque aquella queria que se empezase por creer, ó porque no tuviese con que probar lo que enseña, ó porque no hallase entendimientos capaces de sus pruebas, no obstante, su proceder era mas racional, y menos sospechoso de engaño que el de los Hereges, los que prometiendole que nada enseñarian que no fuese claro y bien probado, suponen con todo eso, sin pruebas algunas, una infinidad de absurdos y fábulas. Mas fué poco á poco la dulce é invisible mano de vuestra misericordia, ¡ó mi Dios! mudando la situacion de mi corazon, y llegué á considerar cuántas cosas creia yo, que no habia visto, y que habian pasado aun antes que yo viniese al mundo, como es todo aquello que se halla en las historias profanas, sin contar lo que habia oído decir de muchas ciudades y países en donde no habia estado jamas: quanto habia creído sobre la palabra de mis amigos, de los médicos y de otros muchos, cuyo testimonio es el fundamento de casi todo quanto hacemos en la vida; por último, con cuánta firmeza creia yo, que era hijo de tal padre y de tal madre, sin saberlo, no obstante, mas que por el testimonio de aquellos, á quienes lo habia oído decir. Con estas reflexiones me hicisteis comprehender, que siendo tan grande y tan bien establecida la autoridad de vuestras Escrituras en casi todos los pueblos de la tierra, solamente son re-

prehensibles los que no quieren creer, y no los que creen; y no merecen ser oídos los que me digan: de dónde sabes tú que estos libros tienen por autor al único y verdadero Dios, fuente de toda verdad, y que él es el que los inspiró á los que los han puesto en la mano de los hombres?" Lo que tambien contribuyó para que San Agustin se sujetase á la autoridad de la Escritura, fué ver que el hombre no podia llegar al conocimiento de la verdad por el camino de sola la inteligencia y la razon. Comprehendió que nunca hubiera permitido Dios que hubiese adquirido la Escritura tanta autoridad en toda la tierra, sino hubiera querido que por ella creyésemos en él, y procurásemos conocerle. Su autoridad le parecia mucho mas digna de una religiosa sumision, porque al mismo tiempo que se hace accesible á todo el mundo por la sencillez de su estilo, oculta la magestad de sus misterios con una profundidad impenetrable; y esto mismo nos debe persuadir que Dios ha establecido un intérprete infalible de las Santas Escrituras con la autoridad de proponernos las verdades. El resto de este libro se emplea en referir diversos acontecimientos que le sucedieron en Milán, así á él, como á Alipio ó á Nebridio, dice los diferentes movimientos que agitaban su corazon, quando balanceando entre Dios y el mundo, queria concordar el uno con el otro, y la ceguedad en que habia estado hasta entonces acerca de la naturaleza de los placeres que pueden hacer la felicidad del hombre. " ¡O sendas extraviadas, dice, y infeliz el alma, Señor, que atrevida se aparta de vos, esperando hallar otra cosa mejor! En vano vuelve y revuelve ácia todas partes: pues no halla sino inquietudes y disgustos, porque vos, ¡ó Dios mio! sois su único descanso.

En el séptimo libro se ve en la situacion que se hallaba San Agustin á los 30 años de su edad, y como despues de grandes esfuerzos para deshacerse de las falsas ideas que tenia de la naturaleza de Dios, y de la del mal, logró por último á acercarse á la verdad. Llegó á percibir, que valiendo mas

lo incorruptible, que lo que es corruptible, se seguía por consecuencia, que si Dios no fuese incorruptible, se podría concebir otra cosa que fuese mejor que Dios: que la excelencia de su ser, es infinitamente superior á todas las cosas criadas, y que siendo por su naturaleza bueno, no podía haber cosa criada, que no fuese buena. En el mismo libro cuenta, que empezando á leer las obras de los Platónicos, halló las grandes verdades que nos enseña la fe del verbo de Dios, que se leen en el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Entrando en la parte mas íntima de su alma, halló en ella la luz eterna é inmutable, y conoció con el auxilio de la gracia, que el objeto que buscaba verdaderamente existía: que no se puede decir de las criaturas, que son, porque no son lo que es Dios, y nada verdaderamente existe, sino aquel que es inmutable. Conoció tambien con el mismo auxilio divino, que no hay substancia alguna que no haya sido hecha por Dios: que Dios nada hizo que no fuese bueno, y que aunque lo que ha hecho, no todo tiene el mismo grado de bondad, cada cosa es buena, solo porque existe; y como ninguna hay que no sea buena, el todo que componen juntas es muy bueno: que lo que se llama *mal*, es la des conveniencia de ciertas cosas; que de ningún modo es substancia el mal, porque este consiste en la depravacion del alma, cuya voluntad se aparta de Dios para inclinarse á la criatura. Nos enseña despues San Agustin, que pasó de la lectura de los libros Platónicos, á la de las Epístolas de San Pablo, y que en ellas halló, no solo todas las verdades que habia aprendido en los libros de los Filósofos; pero ademas de esto, al mismo tiempo, que los que son de autores inspirados de Dios, nos proponen las verdades, nos ponen delante de los ojos su gracia, y nos señalan su precio y su fuerza; para que aquel que ve lo que se debe ver, procure no gloriarse, como si lo que conoce no se le hubiera dado.

El libro octavo comprehende el mas bello trozo de la vida de San Agustin, que es la historia de su conversion, la

que sucedió á los 32 años de su edad. Ya hemos referido arriba las principales circunstancias, y asi nos contentaremos con advertir aqui lo que dice del trabajo que le costó romper sus cadenas, porque en esto se ve una imagen de lo que sucede á todos los pecadores, quando se deshacen de sus antiguas costumbres. Yo, dice, suspiraba á vos, ¡ó Dios mio! viéndome atado, no con grillos extraños, sino con mi propia voluntad, que era mas dura que el hierro. El demonio que la tenia en su poder, habia hecho como una cadena con que me habia atado estrechísimamente. Porque el que se desarregla en la voluntad, se empeña en la pasion; y abandonándose á la pasion, se empeña en el hábito, y no resistiendo al hábito, se viene á contraer necesidad de permanecer en el vicio. De esta serie de desórdenes, que son como otros tantos eslabones enlazados unos con otros, se habia formado esta cadena con que yo me veia cautivo en una cruel servidumbre. Yo bien tenia una voluntad nueva de serviros con un corazon muy puro, y de gozaros, ¡ó Dios mio! en quien se halla el único y sólido gozo: pero esta voluntad que acababa de nacer, no era bastante fuerte para vencer la voluntad antigua, que con la larga costumbre se habia hecho fuerte en el mal. De este modo tenia yo dos voluntades, la una carnal y antigua, y la otra nueva y espiritual, que combatian dentro de mí mismo, y peleando entre sí, despedazaban mi alma. Ya me parecia que no tenia yo parte en estos desórdenes, porque mas bien los sufría contra mi gusto, que me inclinaba voluntariamente á ellos; no obstante, yo era el que habia hecho tan fuerte contra mí mismo mi mala costumbre; y mi propia voluntad me habia reducido á aquel estado en que no me quisiera ver; de suerte, que no se puede decir que no merecia yo justamente la pena debida á un pecador. Como todavia era esclavo de mis pasiones, recelaba entregarme todo entero á vuestro servicio; y temia tanto el verme desenredado de aquellos lazos, como se debe temer enredarse en ellos. Los pensamientos que yo te-